

Jean Robert

En los caminos de Palestina ocupada

Filename and date: Palestim.pdf/2001

STATUS:

Copyright: Jean Robert

For further information please contact:

Silja Samerski Albrechtstr.19 D - 28203 Bremen

Tel: +49-(0)421-7947546 e-mail: piano@uni-bremen.de

En los caminos de Palestina ocupada

Después del estallido de la última intifada (septiembre 2000), los viajes por carreteras palestinas de Jerusalén a Ramallah, o de Jerusalén a Belén (ambos trayectos de unos pocos kilómetros) se han vuelto expediciones aleatorias, mientras el trayecto de Ramallah a la universidad palestina de Birzeit (una decena de kilómetros) se ha hecho imposible. Empezaré por el relato de un recorrido de Jerusalén a Birzeit y vuelta.

Jueves 22 de febrero, a las diez de la mañana, Sylvia y yo nos juntamos a un grupo de "testigos extranjeros" destinados a explorar la situación en la carretera 60, la única carretera accesible a los palestinos del sur al norte de Cisjordania¹. Del centro de Jerusalén, nuestro bus se dirigió sin historia hacia la salida de "la 60". Robert, un canadiense de origen libanés que vivió cuatro años con su familia en un barrio árabe de Jerusalén da explicaciones:

Pocos kilómetros antes del retén militar, pasamos al lado de un asentamiento israelí. Como los otros asentamientos de esta parte de Jerusalén, se estableció en territorios árabes. Desde el inicio de la ocupación militar de Palestina en 1967, las aldeas árabes circunvecinas a Jerusalén son progresivamente anexadas al ámbito de la ley civil israelí.

A mano derecha, vemos un grupo de hombres corriendo en calles angostas. Son palestinos que tratan de escabullirse, de "colarse" a Jerusalén sin pasar por el control militar. Quizas pasarán y podrán trabajar hoy, vender algunas cosas o ver a parientes. Quizas los soldados los arrestarán más adelante. Sólo 3% de los palestinos de Cisjordania tienen un permiso oficial para entrar a Jerusalén, su capital. Sí: desde 1993, se niega permanentemente el acceso a la capital al 97% restante; es un poco como si la mayor parte de los habitantes de los Estados de México, de Puebla, de Tlaxcala, de Morelos y de Querétaro no tuvieran el derecho de entrar a la ciudad de México. Los permisos requieren generalmente la presentación de varios documentos, cada uno reconocible por su color, renovables en fechas distintas en administraciones diferentes.

Pasamos frente al pueblo donde Robert vivió cuatro años. Antes de la anexión, este pueblo contaba con 2000 habitantes. Tiende hoy a fusionarse con una barriada donde viven 45.000 personas, muchas de ellas refugiadas de pueblos árabes suprimidos por anexión al Gran Jerusalén, con servicios municipales para 5000 personas; montones de basura acumulada a lo largo de la carretera. Conociendo la obsesión palestina por la limpieza (no puedo olvidar a mi suegro), me imagino la vergüenza de los que

¹Cisjordania, en inglés West Bank, es la parte principal de lo que queda nominalmente de Palestina. Con la Franja de Gaza, constituye el territorio de lo que, según los acuerdos de Oslo, debía transformarse un día en la Palestina autónoma.

están condenados a dejar esta firma muy a su pesar. A mano izquierda, se vislumbran a lo lejos grúas, vagonetas, obreros ocupados en la construcción de nuevas carreteras. "Bypass roads", nos anuncia Robert, carreteras para el uso exclusivo de los habitantes de los asentamientos israelíes de Cisjordania y de los ejecutivos de sus fábricas. Vehículos con cuatro tipos de placas circulan en las carreteras de Palestina y de Israel: placas amarillas = placas israelíes, con derecho a usar todos los caminos; placas verdes = placas palestinas para vehículos de uso público y placas de letras verdes sobre fondo blanco = placas palestinas para vehículos privados, ambas con prohibición de usar los caminos exclusivos de los asentamientos; placas blancas = placas diplomáticas, con derechos negociables sobre todos los caminos.

Y llegamos al primer retén. El tráfico se vuelve viscoso y se para. Tras una larga fila de carros, camiones y camionetas inmóviles, en medio del paisaje que se nos volverá familiar de cubos de concreto y de alambres de pua en medio de la carretera y de un campamento militar amurrallado atrás de pesadas placas de cemento, grupos de soldados se ocupan sin prisa de revisar documentos e interrogar a transeúntes y conductores de vehículos. Después de media hora de espera, uno de ellos se remonta hasta nuestro autobús. El chofer, árabe, abre la puerta y lo saluda en ivrit (hebreo moderno). Intercambian algunas frases, como dos hombres que las circunstancias llevan a encontrarse con cierta frecuencia. Desde el interior del autobús, se grita al soldado que suba y, sorpresa, obedece. Segunda sorpresa: es muy joven, nada marcial de aspecto. Sonrojándose por su mal inglés, acepta contestar algunas preguntas. Nos hemos equivocado: es policía, no soldado, pero el servicio que cumple sustituye los tres años de servicio militar obligatorio para los hombres (18 meses para las mujeres). Él y sus compañeros se giran por periodos de dos semanas en este campamento, constantemente ocupado por 200 hombres. Le gusta su trabajo. Si tiene buenas calificaciones (o suerte), podrá realizar su ambición: entrar a la policía azul, la policía fronteriza. Tiene veinte años.

- "¿Cuál es la parte más dura de tu trabajo?"

- "Cargar con un chaleco antibala de doce kilos ocho horas al día." - "¿Es todo?"

- "Bueno, algunos palestinos no son nada amables. ¿Por qué crean problemas?"

- "¿Qué esperabas de la paz?"

- "Estar en casa con mi novia."

Media hora más de espera y nos enteramos de que fuimos irrevocablemente rechazados. Pero el conductor estaba determinado a hacernos pasar. Buscó otro camino, otro retén, otra espera en otro barrio... y ¡suerte, pasamos!

"Acabamos de circular quince minutos sin pasar al lado de un sólo asentamiento israelí." Mohammed, quien tomó el relevo de Robert, acaba de terminar sus estudios en Birzeit con una

especialización en Estudios de la Mujer (sic). Durante sus estudios, la universidad fue clausurada por la autoridad militar israelí. Mohammed esboza una primera aproximación de la ley de hierro de los asentamientos judíos en tierra árabe. "Los palestinos no queremos aceptar ninguna diferencia de principio entre los asentamientos a proximidad de Jerusalén y los que se diseminan en todos los territorios ocupados. No hacer esta distinción es como rechazar la anexión. Muchos judíos moderados, en cambio, hacen tal diferencia. Estarían eventualmente dispuestos a abordar el tema de la devolución de los asentamientos en los territorios ocupados, pero no así de los asentamientos (que llaman barrios) circunvecinos a Jerusalén. Pero aún así tienen poca influencia sobre la política israelí. Israel no quiere devolver los asentamientos porque considera que su seguridad depende de ellos. Pero, ¡bienvenidos a la Universidad palestina de Birzeit!"

Ahí, guiados por Albert Aghazarián, platicamos con profesores, comimos y tomamos el café con alumnos. Sylvia y yo tuvimos una conversación con un estudiante panameño cuyos padres, de origen palestino, decidieron volver en la ola de esperanza que siguió los acuerdo de Oslo. Hubiera mucho que decir sobre Birzeit, una universidad de espíritu comunitario, abierta tanto a los hijos de burgueses como a los jóvenes de los campos de refugiados. Entre 1987 y 1993 (¡seis años!) fue clausurada por las autoridades militares. Profesores y alumnos organizaron clases en casas privadas y en iglesias, pero, después de que otro decreto declarara ilegal toda reunión de más de diez personas, estas actividades fueron a su vez prohibidas. Era, recuerda el profesor Aghazarián, como vivir en una cárcel. Hasta la educación se había vuelto una de esas actividades clandestinas que requieren infinitas capacidades de disimulación y fingimiento. Y el gran maestro y abogado armenio de la causa palestina añade: "No sé si es verdaderamente saludable que los jóvenes tengan que adquirir estas habilidades en las escuelas." En aquellos años, el ejército israelí expidió 25.000 ordenes militares prácticamente imposibles de obedecer sobre aspectos elementales de la vida cotidiana: las maneras autorizadas y prohibidas de cultivar la tierra, los usos del suelo, la captación del agua y su distribución desde la perforación de un pozo (que requiere varios permisos) hasta la obtención del derecho de establecer un tubo a través de un jardín, el acceso a los caminos y, con ello, a las escuelas, al consultorio médico o a la casa de la abuela en el pueblo vecino. La autoridad militar sabe que la mayor parte de estos ordenes no se pueden aplicar. ¿Que pasa cuando la vida cotidiana de un pueblo cae a la clandestinidad? La respuesta de éste pueblo se deletrea r e s i s t e n c i a. La cadena hostigamiento cotidiano "de baja intensidad" - desobediencia - castigo - levantamiento - represión - rebelión parece ser el motor de los ciclos de paz y guerra entre palestinos y sus ocupantes.

En la tarde, abordamos el autobus para ir a Taibeh, un recorrido que, en carreteras abiertas, tomaría diez minutos. Tardamos casi una hora y media. Antes que salieramos, Robert fue avisado que la carretera estaba bloqueada. Se ideó un rodeo, pero este fue interrumpido por bloques de concreto y alambres de pua no anunciados. Finalmente, un rodeo alrededor del rodeo nos llevó a Taibeh. Viajar en Palestina: uno sabe cuando sale pero nunca cuando va a llegar. Eso es el aprieto cotidiano de los que ejercen cualquier oficio que requiere desplazamientos: de Albert Aghazarián, que vive en Jerusalén y enseña en Birzeit y nunca sabe si, y menos cuando, va a llegar a sus clases, de tal maestro de una aldea vecina cuyo carro fue detenido y que llegó a su escuela pasado el mediodía, montado en un burro (¡pero con corbata!), de los suministradores de todas clases de productos, cuyos vehículos son detenidos por horas o simplemente devueltos a su punto de partida sin explicación alguna.

Mohammed: "Los palestinos solíamos pagar precios de primer mundo con ingresos de tercer mundo. Desde septiembre pasado, cada vez menos palestinos tienen ingresos." "¿Y por que no producen ustedes mismos al mejor precio lo que consumen?" pregunta un americano desde el fondo del autobús. Contesta Robert: "Imagine que usted es chofer de un camión con placas verdes y que cada día le ocurre lo que nos acaba de ocurrir - y a veces peor. Un camionero palestino es un "non starter". Además, fábricas palestinas han sido entregadas al traspaso so pretexto de que se encontraban sobre el trazo de un nuevo "bypass road" (camino despalestinado). Aún queriendo mucho, es cada vez más difícil obtener productos palestinos dentro de Palestina y es cada vez más facil obtener productos israelies."

Entre retenes y pláticas, hemos llegado a Taibeh. Si encuentran esta pequeña ciudad en el mapa, verán que se ubica a 25 kilómetros de Jerusalén, a 15 de Ramallah y 20 de Jericó. En los tiempos de Cristo, se llamaba Efraím. Era "la ciudad vecina del desierto", en los linderos de Samaria, en la cual Jesús se refugió con sus discípulos poco antes de la Pasión (Jn 11.53). Cuando los Árabes llegaron a Efraim, después de la Hegira, no les agradó su nombre. Renombraron la ciudad Et taibeh, la deliciosa. Taibeh es actualmente el único pueblo predominantemente cristiano de Palestina. Sor Claudine, una monja francesa, nos abre la iglesia y nos acompaña en ella. Nos explica el gran mosaico ubicado atrás del coro. Recuerda la entrada de Jesús y sus discípulos a Efraím. Curiosamente, en el primer plano, un hombre incorporado atrás de una roca observa la escena. Es, nos explica sor Claudine, el padre francés Charles de Foucault (sic). Taibeh cuenta entre sus 1300 habitantes a ortodoxos, católicos latinos, católicos bizantinos. Antes de 1948, tenía 3000 habitantes. Sigue sufriendo una fuerte emigración de adultos jóvenes, de tal suerte que tiene un número desproporcionado de viejos y de muy jóvenes. Antes de la última intifada, muchas personas trabajaban en empresas israelíes en Jerusalén o palestinas en Ramallah. Otras se desempeñaban como pequeños comerciantes y había también maestras y profesores.

Ahora, casi nadie trabaja regularmente. La mayor parte de las familias viven de sus reservas. El que no haya aún hambruna denota que estas reservas aún no están agotadas. Alguien pregunta a sor Claudine si los habitantes de Taibeh no intentan producir sus propios alimentos. "El suelo es demasiado árido para los cultivos de hortaliza, pero se cosechan aceitunas", y su mano se extiende hacia los cerros vecinos cubiertos de olivos.

Después de despedirnos de sor Claudine, tuvimos un encuentro con la familia Khoury: dos hermanos, David y Nazim y sus esposas, Mary y Grace. Antes de 1993, todos vivían en la región de Boston, donde Mary estudiaba teología, Grace leyes y sus esposos, de origen palestino, trabajaban en empresas. Cuando era estudiante, Nazim era aficionado a fabricar cerveza casera para las fiestas de sus amigos y soñaba con hacerlo en grande; luego, fue ingeniero en una cervecería americana. De ahí el proyecto de la familia: "Volvamos a la tierra de nuestros padres y fundamos una industria enteramente palestina." Los recientes acuerdos de Oslo sonaban esperanzadores. Los Khoury escogieron el pueblo de Taibeh y Taibeh (la Suculenta) se llamó también su cerveza. En una de las mejores microcervecerías del mundo, en la cual ellos y sus padres invirtieron los ahorros de treinta años de vida americana, pueden producir más de 5000 cajas semanales. La Taibeh es una cerveza ecológica hecha de agua de manantial, de lúpulo y cebada naturales y **no** pasteurizada. Existe en versión clara (Taibeh Goldenbeer) y oscura, ligera y normal. A pesar de todas las trabas, la cervecería sigue funcionando, pero sólo a menos de 20% de su capacidad. Logra abastecer a Jerusalén y a ciertas tiendas "duty free" de Jordania. Mary Khoury anuncia con orgullo que ya se produce Taibeh Goldenbeer bajo licencia en Alemania. No despedimos de Taibeh, no sin que amigos canadienses hayan introducido dos cajas de Goldenbeer al autobús, cuyo contenido no tardó en repartirse entre los viajeros. Sí, de veras, "la suculenta" merece su nombre. Ojala no sea víctima de los trascavos.

El sábado 24 de febrero, salimos de Jerusalén por la carretera que pasa a un lado del jardín de Tantur. Este gran parque, en parte ocupado por un centro menonita, colinda con el municipio de Belén. Hombres se esconden entre los árboles: son palestinos que tratan de atravesar el jardín de Jerusalén a Belén o vice versa. El retén entre estas dos ciudades pasa por ser uno de los más severos. Nuestro autobús fue detenido por dos horas. Después de largas palabrerías entre nuestro guía, palestino de nacionalidad israelí, y los soldados, pudimos pasar. Encontramos una Belén triste. En la entrada de la ciudad, las ruinas calcinadas de un taller mecánico recuerdan que el ejército israelí practica la ley del talión con creces: tiro al blanco por tiro perdido, cohetes contra casas por detonaciones atribuidas a francotiradores palestinos. Estamos en la llamada zona C, completamente controlada por Israel.

Belen fue mayoritariamente cristiano hasta 1948, año de la fundación de Israel. Luego, numerosos musulmanes expulsados por el nuevo estado buscaron un refugio en Belén, donde existen todavía tres grandes campos de refugiados. Actualmente, la ciudad consta todavía con 35% de cristianos. Las relaciones entre cristianos y musulmanes son particularmente buenas y todos entienden que es esencial mantener una presencia cristiana en la ciudad de la Natividad, so pena de verla transformarse en museo.

Cuando Jerusalén se volvió oficialmente capital de Israel y empezó a crecer como una gran metrópoli, se extendió progresivamente como mancha de aceite hacia los linderos con Belén. Al recibirnos, el alcalde recordó que cada vez más tierras belenitas fueron confiscadas, de tal suerte que Belén no tiene donde expandirse. Además, asentamientos israelíes se establecen en tierras de aldeas del distrito de Belén, como Gilo sobre terrenos de Beit Jala. Estos asentamientos ocupan las últimas áreas verdes y acaparan el agua. "Necesitamos su solidaridad, sus oraciones, su apoyo. No perdemos la esperanza", dijo el alcalde antes de despedirse.

Después de otras alocuciones (principalmente por la sra Hind Khoury y los sres Zoughbi Zoughbi y Ghassan Andoni, ver mi comentario de la conferencias de Sabeel) Sylvia y yo nos juntamos con un grupo destinado a visitar las localidades de Beit Sahour y de Beit Jala. Ramzi Salsa, nuestro acompañante, es guía de turismo, desocupado como sus 120 colegas oficiales desde septiembre del 2000. Los montones de basura en la entrada del pueblo de Beit Sahour avergüenzan a nuestro guía que nos dice, en tono de disculpa: "Acabamos de ser atacados por helicópteros lanza-cohetes." Nos recibe el Sr Nader Abu Amsha, director del centro de la YMCA (la "Asociación de Jovenes Hombres Cristianos" tan presente y activa en las partes cristianas de Palestina). El piso superior del centro acaba de ser reconstruido después de haber sufrido, por segunda vez en cinco meses, el impacto de un cohete. Todo el edificio huele a pintura fresca y albañiles terminan la reparación de la escalera. "Tenemos un campo militar a 300 metros; quizás deberíamos buscar otro lugar menos expuesto," nos dice el Sr Amsha que, sin perder tiempo en lamentarse sobre su predicamento de todos los días, pasa a presentarnos su acción y sus anhelos. Amén de heridas e incapacidades físicas, los constantes ataques militares causan disturbios psicológicos entre los jovenes. Ellos pueden buscar ayuda, rehabilitación y consejos en YMCA. Nader Abu Amsha y sus colaboradores también invitan a los vecinos a organizarse, a practicar la ayuda mutua: por ejemplo, aquellos cuya casa no ha sido bombardeada prestan sus baños a los que perdieron la suya y tienen que vivir en tiendas. También mantienen una bolsa de las "oportunidades reales" (entendí: de "chambas realmente existentes") para los jovenes. Hasta tienen talleres de aprendizaje de oficios. Tratan de inventar actividades independientes para la gente que ya no puede trabajar formalmente. Hacen

campañas para presentar a los discapacitados a la comunidad e integrarlos a grupos de amigos. Cada campaña esta centrada en un tema particular. Finalmente, el grupo YMCA responde a emergencias organizando, por ejemplo, grupos de distribución de extinguidores, de reparación o hasta de reconstrucción de casas. Para el Sr Amsha, lo más importante es "sobrellevar las cosas juntos".

Beit Jala es una localidad de 12.000 habitantes del distrito de Belén. Una carretera prohibida para los palestinos la atraviesa. Conecta Jerusalén a Gilo, asentamiento de construcción reciente en la cumbre de un cerro, sobre territorio de Beit Jala. Su posición elevada y las murallas que la rodean le dan, de lejos, un aspecto extrañamente medieval. Aunque Gilo este fuera del alcance de francotiradores escodidos en Beit Jala, residentes de Gilo se quejaron de que habían oído tiros provenientes de la aldea palestina vecina, lo que motivó una respuesta militar. Helicópteros sobrevolaron la localidad y dispararon cohetes contra la casa más lujosa que encontraron y la destruyeron. Esta casa pertenecía a un señor palestino que, después de una vida de ahorro en los Estados Unidos, decidió volver a su país seducido por las promesas de paz de Oslo.

Terminamos la visita en un campo de refugiados en el que nos invitó a entrar uno de sus habitantes, el Sr Zead El Khatib, policía palestino. "Quedar juntos en un campo de refugiados después de 34 o 52 años es, para nosotros, una declaración política: no aceptamos la expulsión de nuestros pueblos y no queremos dispersarnos. Muchos de mis vecinos son albañiles y les duele tener que construir casas de departamentos para israelies en las ruinas de sus pueblos. Quedarnos juntos es una manera de mantener en vida nuestros pueblos desaparecidos." Pero, añade, existen también razones prácticas. Los campos de refugiados estan contruidos sobre terrenos adquiridos por las Naciones Unidas. El que construye su casa en el campo (donde más y más casas son de materiales duros) se ahorra la compra de un terreno que exige frecuentemente una inversión mayor a la que requiere la construcción de una casa. "¿Ven todos los tanques de agua en los techos? Recibimos agua dos veces a la semana, en cualquier hora de la noche. El que quiere llenar su tanque tiene que permanecer despierto toda la noche, porque siempre cierran la llave antes de que todo el mundo haya recibido su agua." En términos generales, un palestino típico usa la quinta parte del agua que consume un israelí típico. Los habitantes de Gilo tienen jardines con pasto inglés y albercas.